

MARIANO ESCAR Y LAS BUENAS ARTES DE LA TIPOGRAFÍA

Luis SERRANO PARDO, *Mariano Escar. Maestro del arte de imprimir*, Zaragoza, Navarro & Navarro Impresores, 2001, 133 páginas.

José Ángel SÁNCHEZ IBÁÑEZ
Universidad de Zaragoza

Muy poco era lo que sabíamos del notable impresor y tipógrafo Mariano Escar Ladaga (Zaragoza, 1870-1932) hasta la aparición de este libro. Y no porque el personaje carezca de relieve, pues, aparte de imprimir algunas de las obras más conspicuas que salieron de las prensas aragonesas durante el tramo inicial del siglo xx, Escar fue un publicista nada desdeñable. Lo corroboran sus artículos en *La Gaceta de las Artes Gráficas* —revista barcelonesa de la que fue colaborador asiduo entre 1925 y 1930— o su varia labor divulgativa en torno a la figura de Joaquín Ibarra y Marín, entre otras tareas de diverso alcance. Y fue también un profesional inquieto, de largas miras, aunque directamente condicionado, claro está, por el no muy boyante panorama que las artes gráficas de la capital aragonesa presentaban a principios del xx. En Zaragoza se imprimía con calidad, pero el negocio era modesto y, más allá de lo pecuniario, sus estímulos resultaban —hay que reconocerlo— bastante anodinos. Esta pudo ser, entendemos, la razón última de que Escar marchase en 1914 a Madrid, donde se integró en el equipo de *La Ilustración Española y Americana*, así como de su posterior estancia en Valladolid, vinculado con la imprenta de la Casa de Cervantes. Aunque la experiencia fuera de Zaragoza no resultó, a la postre, muy larga ni muy lucida. Así, hacia 1920 Escar volverá a su patria chica para incorporarse a los talleres editoriales de *Heraldo de Aragón*, empresa en la que prestó servicio como tipógrafo hasta su muerte. El libro que hoy reseñamos da cuenta de todo ello —con algunas limitaciones que el lector encontrará perfectamente justificadas a lo largo de sus páginas—, sin olvidar tampoco la fructífera relación de Escar con artistas y eruditos como José Galiay, Manuel Abizanda o el tipógrafo catalán Eudaldo Canibell. Como puede verse, a Mariano Escar no le faltan méritos para que se recupere su memoria, que es justamente lo que el ponderado trabajo de Luis Serrano Pardo se propone.

Con honestidad encomiable —y con un sentido común que debiera presidir cualquier trabajo de índole fundamentalmente bibliográfica—, la página 11 afirma que esta «no es, ni pretende ser, una obra definitiva sobre Escar». Algo hay de verdad, obviamente, en ello desde el momento en que varias etapas de su vida apenas se conocen y, por consiguiente, tampoco resulta posible seguir en detalle la totalidad de los quehaceres tipográficos y publicísticos en que se prodigó el impresor zaragozano. Pero el libro de Luis Serrano ilumina de modo más que satisfactorio el trayecto de quien, al decir de don Juan Moneva, fuera «Maestro del Arte de Imprimir», situándolo además en el contexto de su época y su espacio sociohistórico.

Es este un primer paso imprescindible, y no solo por lo que respecta a Mariano Escar, quien, a fin de cuentas, ha corrido la misma suerte que tantos otros impresores casi contemporáneos nuestros. Mientras con su discreto laborar diario estos artífices posibilitaban —y, no pocas veces, *orientaban*— el comercio intelectual en el más amplio sentido de los términos, su propia figura se diluía en la bruma de los colofones que firmaban y de las planas que estampaban. No deja de resultar hasta cierto punto paradójico que a menudo sean mejor conocidos los impresores de los Siglos de Oro (merced al tesón de investigadores como Jaime Moll o Juan Delgado, por citar tan solo dos nombres ilustres) que quienes han desempeñado esa misma tarea en tiempos mucho más recientes, por lo que esfuerzos como el de Luis Serrano son aún más de agradecer. Lleva toda la razón Joaquín Mateo Blanco, que ejerce de prologuista, al destacar el rigor con que Serrano «investiga las fuentes y rastrea en unos archivos dispersos y en ocasiones desdichadamente incompletos, mutilados o perdidos» (p. 6). En este orden, es incuestionable que el libro hubiese resultado mucho más preciso —y la tarea de su autor mucho menos dificultosa— de no haber desaparecido como por ensalmo el archivo y la biblioteca personales de Escar, que su viuda había cedido al municipio zaragozano, en un lamentable episodio de incuria que Luis Serrano bosqueja en las páginas 111-112. Con toda probabilidad se trata de un daño colateral más que sumar a la penosa lista que la Guerra Civil escribió con muy negra tinta. Así las cosas, el rastreo de datos ha exigido, de entrada, revisar la prensa zaragozana de varios decenios, tarea de muchas horas a la que Luis Serrano se ha aplicado meticulosamente. Otras muchas ha pasado el autor, desde luego, escrutando los catálogos de las bibliotecas que conservan materiales de la época, según comprobará quien hojee el libro.

Aparte de lo que dejamos mencionado en párrafos anteriores, Serrano nos desvela el perfil de un artífice que en 1900, es decir, joven todavía, era ya regente en uno de los mejores establecimientos tipográficos zaragozanos, el taller de Emilio Casañal. En 1901 Escar se independizará al adquirir la imprenta de *La Derecha*, periódico más bien mortecino a la sazón, probablemente con la expectativa de tirar en sus máquinas el recién nacido diario católico *El Noticiero*. Al cabo, ello solo se cumplirá a medias, pues el acuerdo entre las partes se quebró pronto; Escar hubo de sobrevivir entonces imprimiendo remendería, efímeros en general, álbumes, etcétera, y sobre todo un conjunto no muy copioso pero sí muy cuidado de libros y publica-

ciones periódicas. En este tramo de su quehacer profesional se centra uno de los capítulos más relevantes del libro, «Obras impresas en la tipografía de Escar» (pp. 27-55). Se trata de un apartado que entraña particular interés, por cuanto censa —de modo provisional, conforme advierte el autor— la producción concreta del taller zaragozano, que sobrevivió como empresa independiente hasta 1910. No será necesario encarecer la importancia que esta clase de tarea reviste para una época relativamente mal conocida —y no solo en Aragón— desde el punto de vista bibliográfico, pese al *Catálogo general de la librería española e hispanoamericana. Años 1901-1930* (Madrid / Barcelona, Cámaras Oficiales del Libro de Madrid y Barcelona / INLE, 1932-1951, 5 vols.), cuyos tomos, por otra parte, no siempre son fáciles de encontrar. En estas páginas Luis Serrano ofrece la descripción evaluativa de las cuarenta y una monografías localizadas, junto con un pórtico que enjuicia la producción de Mariano Escar en su conjunto. El capítulo viene, además, profusamente ilustrado con reproducciones —de excelente definición, por cierto— de cubiertas u otros elementos destacables (por ejemplo, el precioso colofón reproducido en la p. 50). Los reseñados son impresos de muy diversas características, aunque siempre lleven un marchamo de calidad que en ocasiones alcanza rango sobresaliente: es el caso del magnífico *Itinerario del rey don Alfonso V de Aragón y I de Nápoles*, de Giménez Soler, impreso con los tipos góticos de incunable que había restaurado Canibell (*vid.* pp. 49-51, 86-87). Por lo que toca a la literatura, merece la pena recordar que los talleres de Escar tiraron interesantes —y muy pulcras— ediciones de José María Matheu, Luis Ram de Viu, José García Mercadal o Juan Blas y Ubide, en alguna oportunidad por encargo de la madrileña librería de Fernando Fe. A esta producción deben sumarse las siete publicaciones periódicas (pp. 51-55) que durante esos años salieron del mismo establecimiento: por citar el ejemplo más significativo, la *Revista de Aragón*, que Mariano Escar imprimió entre 1903 y 1905.

Pero, aparte de dirigir sus propios talleres, Escar trabajó sobre todo por cuenta ajena, aunque durante su etapa de madurez supo dejar un sello de finura personal en cuanto pasaba por sus manos. Por eso convendrá leer con especial atención el inventario y las precisiones suplementarias que consigna Luis Serrano Pardo en las páginas 68-71. El autor sabe bien de qué habla: no en vano es él mismo tipógrafo de oficio. Y tipógrafo a la antigua usanza, de los que han manejado, todavía, el componedor y los tipos móviles. Luis Serrano se cuenta entre aquellos profesionales que ajustaban los espacios a base de blancos y cuadratines, el interlineado con regletas, los márgenes con cuñas; que manejaban las chasqueantes minervas y las siseantes planas. Y que, claro está, no disponían de la fácil y limpia ductilidad electrónica que hoy brindan *Word* o *Quark XPress*. Por tanto, Serrano conoce al dedillo unas técnicas que cambiaron relativamente poco desde los tiempos de Plantino hasta la irrupción del *offset*. No es casual, pues, que redacte la sección «Historia de la imprenta» en el *Boletín [de la] Asociación Empresarial de Artes Gráficas, Papel y Manipulados de Aragón*, ni que esté aún reciente un libro suyo sobre Litografía Portabella (Zaragoza, Diputación Provincial, 2003), con el que culminaba una tarea cuyos resultados ya anticipara en *Seminario de Arte Aragonés* (nº 48 [1999], pp. 401-413).

La experiencia profesional del autor contribuye por añadidura a que este trabajo en torno a Mariano Escar resulte más ameno y, sobre todo, más comprensible para el lector no especializado, ya que Serrano intercala explicaciones técnicas cuando las cree oportunas. Así, al comentar la que hubo de ser laboriosísima impresión del copioso homenaje de 1904 al arabista Francisco Codera. Dicho libro lleva, por ejemplo, una contribución que requiere emplear simultáneamente, en la misma plana y aun en el mismo renglón, caracteres latinos, árabes, hebreos, caldeos, siríacos y etíopes, con el escollo añadido de que los tipos correspondientes tienen cuerpos y ojos distintos... El siguiente inciso de Luis Serrano resulta punto menos que imprescindible para entender este caso concreto y, de paso, valorar en su justa medida el buen hacer de los tipógrafos: «quienes desconocen lo que fue la tarea del cajista de imprenta en el pasado, no pueden imaginar la cuidadosa tarea que suponía ajustar un conjunto de piezas de plomo, de entre tres y cinco milímetros de grosor, para colocarlas a un mismo nivel en la línea horizontal, añadiendo los correspondientes suplementos, tanto en la parte superior como en la inferior, para que todos esos caracteres quedasen bien fijados» (p. 32). La página 33 reproduce una de tan singulares planas, lo que ayuda a que el lector entienda el problema y, tras asimilar los términos en que lo explica Luis Serrano, casi transpire de angustia.

La obra se complementa con un «Índice onomástico y toponímico» (pp. 129-133), algo muy de agradecer en cualquier libro de cierta erudición, como lo es el que nos ocupa. En cuanto a su realización material, el volumen resulta impecable: buen papel, grata distribución de la mancha tipográfica, excelente compaginación... Un libro que predica —discretamente, eso sí— con el ejemplo y, ya que trata de un buen impresor, sigue pautas estéticas que no solo no hubieran disgustado a Escar sino que, de hecho, son muy similares a las que él mismo adoptó, ocasionalmente por lo menos. Incluso se han empleado, con gusto exquisito, filetes de época o preciosas capitales bicolor recuperadas, también, de obras de época. Elaborado con verdadero mimo, lo que se debe al propio autor y al muy competente equipo de Navarro & Navarro Impresores —empresa que asumió la publicación del volumen *a sus propias costas y expensas*, como antaño se decía—, este es un hermoso libro. Todo un valor añadido en los tiempos que corren.